

La Fragata Lautaro

*L*as penurias propias del servicio naval, por las duras condiciones que crea un medio físico de por sí inestable y peligroso, y por las estrictas exigencias que se derivan del carácter militar que le es intrínseco y obliga a una dedicación constante y exclusiva lejos del medio social cuyo principal núcleo es la familia, son aceptadas y sobrellevadas con firmeza moral y ánimo resuelto, en base a la sólida vocación profesional que distingue a Oficiales y Gente de Mar.

Sin esta vocación, consciente y cultivada, pocos serían los que dedicarían su vida a tan difícil cuanto honrosa profesión. El espíritu de servicio público es el fundamento de esta entrega personal, siendo sus alicientes morales los que articulan todo el desempeño del personal naval que, en cuanto a retribuciones materiales, sólo demanda lo necesario para vivir personalmente en niveles acordes con sus responsabilidades, su preparación y cultura, y para sustentar en la decorosa dignidad del núcleo familiar, un futuro propicio para su descendencia.

De aquí que la formación profesional del marino sea un elemento clave para que la Armada pueda lograr a cabalidad el cumplimiento de su misión trascendental al servicio de la defensa del territorio, la seguridad de la nación y el ordenamiento institucional del Estado.

En esta tarea esencial de forjar el carácter de cada marino y promover la más estrecha vinculación entre sus conocimientos, sus habilidades y su voluntad puesta al servicio de la Patria, las Escuelas matrices asumen un papel particularmente importante. Es en ellas donde se inculcan todos los valores y principios que conforman la ética profesional y definen el paradigma moral que acompañará a cada integrante de la Armada durante toda su permanencia en la Institución, y aún, más allá, de por vida.

En la medida que los cadetes y grumetes ingresan a sus escuelas en la etapa juvenil de su vida, el cultivo de la vocación adquiere en las respectivas aulas el foco central de la educación, la que se imparte, las más de las veces, en un medio relativamente aislado de la convivencia social general. A partir de esta etapa inicial, el progreso de la educación se va ciñendo muy estrechamente a la progresiva madurez de los educandos, quienes van enfrentando gradualmente los crecientes desafíos del ámbito naval y del

campo civil, a los que en forma paulatina van accediendo, cada vez más protagonicamente.

Esta progresiva inserción en el medio profesional que será el campo de acción para el desempeño efectivo de los graduados, tiene como etapa cúlmine el embarco en el buque-escuela, donde la aplicación de todo lo aprendido tendrá su prueba concreta. A bordo de esa nave se abren perspectivas apenas vislumbradas en los años de preparación, las que encandilan al novel marino con los atractivos de una vida multifacética y solidaria donde laboran en estrecha unión, personas de distintas funciones, diferentes jerarquías y variadas acreditaciones curriculares; donde se alcanzan desafíos y responsabilidades personales en los más diversos ámbitos del quehacer marino, y donde se disfrutan las realidades asombrosas de largas navegaciones por mares ignotos, recalando en tierras exóticas en las que hay que representar en la mejor forma posible a su buque, a su Armada y a su Patria.

El embarco en el buque-escuela constituye así, el eslabón con mallete de la firme cadena que, a lo largo de una vida de transbordos, cursos, destinaciones y designaciones sucesivas, conforma la variada y apasionante carrera naval.

Durante los primeros treinta y cinco años del presente siglo, la Armada de Chile pudo contar con un buque-escuela especialmente adquirido para tan importante función: la corbeta Baquedano. Su impronta marcó por más de medio siglo al personal de la Armada -de almirantes a grumetes- que templaron su fibra marinera sobre sus viejas tecas, como lo recordamos en estas mismas páginas, en nuestro número 4/92.

En la década del 30 no pudo reemplazarse oportunamente a la vieja Baquedano, paliándose su falta con embarcos en buques de línea, con las naturales disfunciones que produce en los jóvenes recién egresados el duro impacto con dotaciones concentradas más bien en las duras exigencias de sus específicas responsabilidades, que en atenderles con especial tino en esta etapa de su adaptación al servicio. Las conocidas falencias del erario nacional y las limitaciones que luego impuso la Segunda Guerra Mundial, constituyeron un obstáculo insalvable para esa necesaria adquisición.

Como ha ocurrido muy a menudo en este tipo de situaciones -basta recordar el caso del buque-escuela Esmeralda al que nos referimos en nuestro número anterior, 6/94- una coyuntura imprevista vino a resolver el problema. En el año 1941, Alemania dio en donación a Chile el velero Priwall, a la sazón internado e inactivo en Valparaíso. Bautizado como Lautaro, fue de inmediato destinado a buque-escuela y, con el fin de habilitarlo para tal objeto, se programó un proceso de modificaciones escalonado en el tiempo, el que se llevaría a efecto en astilleros de EE.UU., específicamente en San Francisco.

Esta curiosa solución, aparentemente inexplicable, tenía como fundamento, no tanto la carencia de capacidad técnica en Chile, ya que en el Arsenal de Talcahuano se había modernizado completamente el crucero

Chacabuco, sino más bien la necesidad de enviar a ese país norteamericano cargamentos de salitre que permitieran tonificar el ingreso de divisas a la caja fiscal. Tal proceso de modificaciones se acomodó a las necesidades de dicho tráfico y así, entre 1941 y 1944, se cumplieron cuatro viajes de instrucción-transporte de carga, los que constituyeron un importante aporte para la formación profesional de las correspondientes promociones de oficiales y gente de mar, toda vez que las condiciones de espléndido velero de la hermosa fragata, junto a la calidad de la oficialidad y personal destinados como instructores, reafirmaron las ventajas que para tales efectos tiene este tipo de nave.

En el curso del quinto viaje, en 1945, se produce el incendio que finalmente destruye la nave y en cuya crítica situación, su dotación escribe una de las páginas más dolorosas de nuestra historia naval, pero también, más reveladoras de la firme urdimbre moral del personal de la Armada.

Ante los primeros indicios del devastador incendio, todos, en las respectivas cadenas de mando y de funciones, asumen sus responsabilidades con una decisión y abnegación ejemplares, inmolándose muchos de ellos en la pretensión inalcanzable de salvar al buque. Por su parte, posteriormente, la tripulación náufraga despliega por interminables horas, un aplomo y un comportamiento de no menor mérito y, pese a las duras condiciones que debe soportar durante la prolongada espera, logra mantenerse unida, disciplinada y solidaria.

La tragedia de la Lautaro hirió el corazón de todo el pueblo de Chile; como muy bien dijo, en una de sus tan acertadas expresiones literarias, el recordado Capitán de Corbeta don Pedro González Pacheco, describiendo años más tarde el imponente funeral en Valparaíso, "Aquel día, el Puerto, se quedó sin flores y sin lágrimas".

REVISTA DE MARINA destaca el cincuentenario de este doloroso suceso que conmovió a la Armada y al país entero, porque permitió aquilatar la reciedumbre moral de una tripulación integrada por igual, con elementos avezados y bisoños, unidos todos por el vínculo de una educación valórica común. Es esta fuente de inspiración, la que hace posible sublimar el espíritu frente a los desafíos que enfrentan al insoslayable sentido del deber con las poderosas fuerzas existenciales que menguan la integridad del ser, las que son inexorablemente superadas a partir del instante en que se asume el compromiso irrevocable de entregarse por entero en aras de un ideal, sea triunfando en la demanda en base a los aportes con que la ciencia y el arte acuden al llamado de una voluntad integérrima, sea sucumbiendo en la prueba con rasgos de heroísmo que, por siempre, nimbán el perfil del caído pero no abatido, con el sello inmarcesible del honor.